

# TRAS LA GUERRA

---

DESDE LOS ORÍGENES DE LA PÓLIS AL  
ASCENSO DE MACEDONIA



eman ta zabal zazu



Universidad del País Vasco Euskal Herriko Unibertsitatea

**HISTORIA 2016-2017: HISTORIA ANTIGUA**

TUTOR: M. PILAR CIPRÉS TORRES

AUTOR: AMAIA HURTADO USOZ

# ÍNDICE

INTRODUCCIÓN .....	2
I. LA GUERRA EN EL MUNDO GRIEGO .....	3
II. DEL NACIMIENTO DE LA <i>PÓLIS</i> A LA LÓGICA DE LA FALANGE .....	7
1. PRECEDENTES .....	7
2. LA <i>PÓLIS</i> Y EL SOLDADO-CIUDADANO .....	8
3. SOBRE LA FALANGE HOPLÍTICA .....	10
4. LA MARINA DE GUERRA: ATENAS.....	15
III. ¿HACIA UNA GUERRA TOTAL? .....	17
1. LA BÚSQUEDA DE LA HEGEMONÍA: CAMBIOS MILITARES .....	17
2. SIGLO IV: EL MERCENARIADO GRIEGO .....	19
IV. CONCLUSIONES .....	23
FUENTES CLÁSICAS MENCIONADAS .....	25
BIBLIOGRAFÍA.....	25

## TRAS LA GUERRA:

### DESDE LOS ORÍGENES DE LA *PÓLIS* AL ASCENSO DE MACEDONIA

**ABSTRACT:** War has always been one of humanity's "favourite" activities. Ancient societies of Greece were very bellicose since they almost did not enjoy stable periods of peace. Warfare is a reflection of society and thereby, shows political, economic, social, ideological, religious and cultural aspects of it. The purpose of this paper is to analyse the Ancient Greek warfare basically from the birth of the *pólis* (VIII BC) until the arrival of Macedonia (IV BC), trying to put aside the traditional limited perspective of military history focused on armament, military tactics and battels.

**ABSTRACT:** La guerra siempre ha sido una de las actividades habituales de la humanidad. Las sociedades de la Antigua Grecia eran muy belicosas, ya que apenas había periodos estables de paz. La guerra, constituye un reflejo de la sociedad, y por lo tanto, en ella se manifiestan aspectos políticos, económicos, ideológicos, religiosos y culturales de la misma (Garlan 2003, 53). El objetivo de este trabajo es estudiar la evolución del fenómeno militar en la antigüedad griega, fundamentalmente desde el nacimiento de la *pólis* (VIII a.C.) hasta el ascenso de Macedonia (IV a.C.), dejando atrás la limitada perspectiva tradicional de la historia militar centrada en el armamento, tácticas militares y el desarrollo de las batallas.

### INTRODUCCIÓN

La guerra ha sido una actividad constante en la historia de la humanidad y también en el mundo griego antiguo. Tras ella pueden esconderse diversas motivaciones, pero según Van Wees (2008, 116), entre los griegos su principal causa era el deseo de "tener más". En este contexto, la guerra fue una experiencia habitual de forma que, por ejemplo, "entre las Guerras Médicas (490-480/479 a.C.) y la batalla de Queronea (338 a.C.), Atenas estuvo por término medio en guerra dos años de cada tres, sin gozar de la paz más de diez años seguidos" (Blanco 2003, 80). Pero la omnipresencia de la guerra no significa que la totalidad del mundo griego estuviera siempre en conflicto.

Debemos tener presente que la historiografía, de cierta naturaleza retórica, se centra sobre todo en los siglos V-IV<sup>1</sup> y en los dos grandes referentes, Atenas y Esparta: dos *póleis* poderosas y antitéticas que protagonizaron grandes enfrentamientos en época

---

<sup>1</sup> Se entiende que todas las fechas mencionadas a lo largo del trabajo son a.C.

clásica. Mientras tanto, en otras partes de Grecia muchas *póleis* llevaron una existencia modesta con conflictos más localizados (Garlan 1993, 69; Hunt 2007, 111).

La guerra era el tema principal del discurso histórico, sin embargo no llegó a constituir el objeto central de la reflexión histórica. Si bien Homero, Heródoto, Tucídides, Jenofonte o más tarde Polibio, analizaron las causas de los conflictos armados que narraron (Hanson 2012, 10), o filósofos como Platón o Aristóteles buscaron en la naturaleza humana el origen de la rivalidad que impulsaba a las *póleis* a enfrentarse entre sí, no hallamos en el pensamiento antiguo una reflexión global sobre el fenómeno guerrero, en la que se valore en palabras de Garlan “su especificidad, su universalidad y su diversidad” (Garlan, 2003, 10). Debido a su carácter permanente, más que con la iniciativa del hombre, dicho fenómeno se identificaba con el mundo natural o el ámbito divino. Por otro lado, con el desarrollo del pensamiento político la guerra terminó siendo considerada como un instrumento al servicio de la política y, como tal, el interés por ella se centró en sus características técnicas<sup>2</sup>.

La guerra, en tanto que es una práctica social, constituye un reflejo de la sociedad y está vinculada a aspectos políticos, económicos, ideológicos, religiosos y culturales de la misma (Garlan 2003, 53). En consecuencia, como hemos mencionado, este trabajo no pretende recopilar datos centrados en el armamento, las tácticas o las batallas, sino que busca analizar la relación entre la estructura militar y la sociedad griega, desde la aparición de la *pólis* hasta el ascenso de Macedonia. En este contexto, estudiaremos el concepto y el modelo de guerra, además de la evolución que experimenta, observando cómo cambia junto con las modificaciones sociales y políticas de la *pólis*.

## I. LA GUERRA EN EL MUNDO GRIEGO

La ausencia de guerra fue sentida durante mucho tiempo como algo negativo, pues era considerada como un símbolo de grandeza e inherente a la naturaleza del hombre. La guerra era concebida como una herramienta natural, cotidiana y legítima para resolver conflictos entre estados y defender las virtudes helenas, es decir, proteger la identidad cultural griega (Castro 2013, 85-86). Mientras tanto, la paz no se definía

---

<sup>2</sup> A partir del siglo IV a.C., comienzan a aparecer obras de carácter técnico, como la de Eneas Tácito o Filón de Bizancio, que tendrán continuación en época romana en autores como Frontino, Eliano, Higino o Vegecio.

como algo opuesto a la guerra, sino que contribuía a justificarla, pues se entendía que su resultado tras el conflicto era particularmente gratificante (Garlan 1993, 68-70; Garlan, 2003: 10).

Asociada al desarrollo del Estado la guerra es una construcción jurídica - definida en cada época en función del derecho internacional-, que no incluye todas las acciones violentas que tienen lugar entre comunidades. En el caso del mundo griego y más concretamente en el ámbito de la *pólis*, el término que más se podría aproximar a dicha construcción sería el de *pólemos*, con el que se designan los conflictos armados entre comunidades políticas<sup>3</sup>. Dicho concepto, propio de la *pólis* clásica, supone que el enfrentamiento intercomunitario, en principio, respeta un determinado código del que no participan otras formas de violencia social. De este modo, fuera de esta concepción jurídica, quedarían aquellas actividades bélicas anteriores al nacimiento de los Estados (las *póleis* o los reinos) o que se desarrollan en los márgenes de los mismos (Garlan, 2003, 15).

El surgimiento de la *pólis* creó un marco político en el que, junto a la noción del territorio (*chora*)<sup>4</sup>, se generó una solidaridad social entre los ciudadanos, que participan en la guerra a título colectivo (Raaflaub 1999, 134). El desarrollo de esta guerra “política”, va a ir relegando otras acciones hostiles que no afectaban al conjunto de la comunidad ni necesitaban de su aval, como las denominadas “guerras privadas”. En ellas se enfrentaban grupos formados por un número variable de individuos vinculados por lazos personales (de clientela, por ejemplo) o por un interés común, que actúan por iniciativa propia impulsando una incursión sin el mandato de sus comunidades de origen, lo que no implica la existencia de un verdadero estado de guerra entre dichas comunidades. Próximas a estas “guerras privadas”, por implicar a una parte de la comunidad (grupos de edad, etc.), se encuentran las “guerras rituales” practicadas desde el alto-arcaísmo, y que la investigación ha asociado a ritos de iniciación (Brelich 1961). Consisten en conflictos entendidos como concursos (agones) que tienen lugar de forma periódica entre comunidades vecinas en un contexto religioso y que están regidos por unas reglas que limitan el objetivo y la extensión del mismo. Por ejemplo, desde el siglo

---

<sup>3</sup> Frente a *pólemos* el término *stásis*, remite al conflicto interno (la guerra civil), considerado desastroso puesto que opone a los miembros de una misma comunidad política.

<sup>4</sup> Como en todas las sociedades complejas, la adquisición y el control del territorio, junto con sus recursos, se entenderán cada vez más como una “propiedad” a conservar (García & Catalá 2012, 15-16; Hanson 2010, 23).

VIII serán frecuentes los enfrentamientos entre Argos y Esparta por la posesión de la Tireátida. Este conflicto se explica como una guerra de carácter iniciático y de uso interno, empleada como herramienta de estructuración social para fomentar la integración, solidaridad y disciplina de la comunidad (Garlan 2003, 17-26)<sup>5</sup>.

Con la imposición de las formas políticas de solidaridad que surgen con la *pólis*, la práctica de las “guerras privadas” queda relegada a la periferia bajo la forma de piratería y pillaje. La construcción jurídica de la guerra vinculada con el desarrollo del Estado, hará que estas acciones adquieran una connotación negativa. En los primeros tiempos de la historia griega cuando estas actividades constituían una práctica habitual, la piratería era considerada lícita e incluso honorable, tal y como recoge Tucídides (I, 5): “Esa actividad todavía no tenía nada de vergonzoso y proporcionaba más bien un elemento de gloria” (Garlan 2003, 23).

“Todos tienen que tener los mismos amigos y los mismos enemigos que la ciudad; quienquiera que haga la paz o la guerra con quienquiera que sea por iniciativa propia y sin el consentimiento común, también será castigado con la muerte” (Platón, Lg. XII, 955 bc).

Estos conflictos intercomunitarios, como hemos mencionado, debían atenerse a determinadas normas o leyes no escritas (Garlan 1993, 68). En principio la guerra, limitada temporalmente, estaba regida por declaraciones formales, acuerdos y actos simbólicos revestidos de carácter religioso y se encontraba sujeta a unas leyes que afectaban a aspectos como la inmunidad, la victoria, el enterramiento de los muertos, las ofrendas votivas a los dioses, etc. Así, los griegos se enorgullecían de concebir la guerra, que iba en contra de los ideales griegos porque generaba destrucción, crueldad y salvajismo, como un procedimiento regulado para limitar el uso indiscriminado de la fuerza. Es decir, se buscaba aplicar los valores de la cultura griega como la *sophrosyne* (moderación), la racionalidad y la prudencia, oponiéndose de este modo a la guerra como una acción violenta regida por la *hybris*<sup>6</sup>(desmesura) (Castro 2013, 85-86). Podríamos decir que los griegos entendían el concepto de *pólemos* en términos de honor y dignidad.

---

<sup>5</sup> A ésta se podrían añadir también la guerra Lelantina entre Calcis y Eretria e incluso los enfrentamientos entre Beocia y Atenas por Oropos. Es posible que en época clásica estos conflictos fundamentalmente tuviesen también como objetivo principal el control real de un territorio fronterizo.

<sup>6</sup> Insolencia del hombre. En la otra cara de este concepto se encuentra el ideal de la medida y la moderación, algo reflejado en los proverbios “*Conócete a ti mismo*” y “*nada en exceso*”. Se considera que hay unas normas de convivencia entre hombres y respecto a los dioses que no se pueden transgredir.

Así pues, la guerra debía seguir unas garantías simbólicas y religiosas para ser considerada oficial y legítima. Era necesaria una justificación<sup>7</sup> y también asegurarse el beneplácito divino, pues los dioses desempeñaban un papel decisivo para que el enfrentamiento fuese “justo”. De este modo, el tránsito al estado de guerra debía cumplir unos requisitos formales que se materializaban a través de distintos rituales de apertura y de cierre: sacrificios, libaciones, presagios, auspicios, oráculos... (Garlan 2003, 28-29; Blanco 2003, 80). Respecto a las leyes, había que cumplir con el deber sagrado del entierro de los muertos en combate, por lo que el vencedor, después de hacerse con los objetos de valor, debía respetar los cadáveres enemigos y dar una tregua para su recogida. Asimismo era considerado un sacrilegio no respetar los lugares y las personas sagradas. Los sacerdotes, adivinos, heraldos, suplicantes y los rendidos en batalla así como los santuarios, templos, rebaños, tumbas, monumentos y demás elementos propiedad o protegidos por los dioses gozaban de inmunidad (Popowicz 1995, 220-221; Ortíz 2015, 38; Garlan 2003, 39). Si se mantenía dentro de los parámetros éticos y rituales pertinentes, la guerra no suponía un deshonor<sup>8</sup>. Aun así, muchas veces estas normas se transgredían, sobre todo a partir del siglo IV a.C. (Blanco 2003, 85; Popowicz 1995, 221).

Por último, respecto a las causas, como señala Gómez (2012, 39-40), el sistema de la *polis*, es decir la concentración de numerosas ciudades-estado independientes en un espacio relativamente reducido, favorecerá los conflictos territoriales y los enfrentamientos armados. En ese contexto de competitividad aflorarán los intereses económicos (consecución de tierras, riquezas o esclavos) y las aspiraciones políticas de carácter hegemónico. Pero al mismo tiempo, como indica este autor, el factor cultural jugará un papel importante como impulsor de la guerra. En el plano religioso, muchas divinidades tienen una función militar, puesto que, como hemos dicho, se pensaba que la guerra emanaba del mundo natural o divino. La cosmogonía y mitología griegas hacen constantemente referencia a las luchas, animando a los hombres a utilizar la violencia para solucionar conflictos. Además, la mentalidad griega se basaba en el *agón*, es decir, en un espíritu de competición donde primaban los valores del honor, el

---

<sup>7</sup> Había que legitimar el ataque para poder emplear el derecho de guerra, los pretextos podían ser variados: sacrilegios, ofensas, violación de acuerdos, regímenes odiosos...

<sup>8</sup> En caso de que no se cumplieran estas garantías en el derramamiento de sangre, era necesario un rito de purificación final de los combatientes (Blanco 2003, 80).

prestigio, la valentía, la gloria y la virtud moral. Así, este espíritu agonal generará un sentimiento de rivalidad que caracterizará la guerra (Castro 2013, 88).

Asimismo, la literatura épica y la historiografía también ensalzan estos valores, que juegan un papel indispensable en la identidad del pueblo griego y en la dinámicas de la guerra: “las creencias íntimas de los hombres de cualquier época o lugar desempeñan su papel en el modo en el que se combate” (Iglesias 2007, 222). J. E. Lendon (Iglesias 2007, 224) profundiza en esta perspectiva cultural y señala que la épica Homérica de *La Ilíada* y los valores que derivan de ella, son elementos esenciales para entender la evolución de los modos de combate desde la época arcaica hasta el helenismo. Este autor insiste en que los ejércitos griegos lucharon bajo el “hechizo” del pasado épico, pues éste se veneraba y se tomaba como guía e inspiración. Así, el soldado pretendía recrear el comportamiento de los personajes heroicos, de forma que la guerra se ve canalizada por valores de un pasado idealizado: “la vida (entendida como arte militar) es la que acabó imitando al arte (literario, retórico e historiográfico)” (Iglesias 2007, 230). Por esta razón, Lendon ve el triunfo de los “fantasmas” sobre los soldados reales (Iglesias 2007, 224-225).

## **II. DEL NACIMIENTO DE LA *PÓLIS* A LA LÓGICA DE LA FALANGE**

### **1. PRECEDENTES**

Para las sociedades anteriores a la consolidación de la *pólis* de la época micénica (1600-1200 a.C.) y de la edad oscura (1100-800/750 a.C.), no abunda la información, por lo que no es posible hacer una reconstrucción clara de la actividad militar. Aun así, se piensa que en estas sociedades la función militar se concentraba en manos de una aristocracia ecuestre. El privilegio de las armas estaría estrechamente unido al poder político, económico y social, por lo que una elite ejerce un papel hegemónico a todos los niveles (Garlan 2003, 58-59, 88; Hanson 2010, 23).

Para el periodo inmediatamente anterior a la *pólis*, se suele buscar información los poemas homéricos del siglo VIII, sobre todo en *La Ilíada*, obra donde la ficción y la historia se entremezclan. Aunque la épica homérica nos ofrece las primeras descripciones de la guerra y su mentalidad, es difícil obtener conclusiones históricas de



su análisis, puesto que en ella se combinan elementos que abarcan desde los reinos micénicos a los inicios de la *pólis* (García 2005, 12; Raaflaub 1999, 129).

En los relatos homéricos, la guerra se presenta como una contienda donde se ensalzan las proezas individuales de los héroes épicos. Sus virtudes y hazañas bélicas eclipsan la participación de las masas de combatientes anónimos carentes de prestigio. En ellos destacan los combates singulares en los que dos campeones de la aristocracia se enfrentan en un duelo, donde manifiestan su excelencia (Ortíz 2015, 37-40). En definitiva, predomina una mentalidad aristocrática y agonística, que busca la perfección moral del hombre a través de la *areté* (virtud, excelencia). La manera de exhibir la valía personal se canaliza a través del combate cuerpo a cuerpo, donde el héroe obtiene la admiración y la gloria (el *kleos*, el *kudos*) al mostrar sus virtudes en el campo de batalla: la fuerza, la destreza, el coraje, la velocidad, la astucia etc. (Lendon 2006, 44). La aspiración máxima de la acción heroica es “trascender”, es decir, vivir en la memoria colectiva. Con la muerte heroica -la “hermosa muerte”- el guerrero no solo conquistaba la fama sino también el recuerdo imperecedero dentro del grupo entrando a formar parte de su pasado glorioso (Vernant 1993, 28-30; Garland 1993, 68).

Como hemos dicho anteriormente, algunos investigadores señalan la importancia de la épica homérica como un elemento estructurador de la mentalidad griega y presente en la guerra hasta época helenística, puesto que constituía la base de la educación griega. La ética agonística inspirará los modelos de lucha y los valores competitivos generación tras generación (Lendon 2006, 57). De esta manera, la historia y la acción militar vivirán del recuerdo y la recreación del pasado heroico: “los héroes de la épica siempre anduvieron invisibles a hombros de los griegos, susurrándoles consejos” (Lendon 2006, 58).

## **2. LA PÓLIS Y EL SOLDADO-CIUDADANO**

Aproximadamente en los siglos IX-VIII a.C., el panorama de aldeas dispersas de la Hélade abre paso a la formación de la característica organización sociopolítica griega, la *pólis*, completamente asentada en el siglo V a.C. Las ciudades-estado podían ser muy distintas en tamaño y organización política, pero en todas ellas se fijará un nuevo reparto de las relaciones sociales.

Paralelamente a su constitución, la función militar se extiende al conjunto de la comunidad cívica, dando lugar a la aparición del soldado-ciudadano<sup>9</sup> y al desarrollo de la falange hoplítica. En este marco político la guerra es entendida como un privilegio del derecho ciudadano -“se es soldado en la medida en que se es ciudadano y no a la inversa” (Garlan 1993, 77)- y como el mejor medio para expresar la virtud cívica (García & Catalá 2012, 29-30).

Esparta, era un caso singular en muchos aspectos, entre los que figura el militar. La conquista de Mesenia, permitió que se estableciese una elite de “iguales” (*hómoioi*), y serán éstos quienes principalmente ejerzan la función militar. Los *hómoioi*, los ciudadanos de pleno derecho, se dedicaban permanentemente al servicio hoplita, manteniéndose alejados del trabajo de la tierra. De este modo, Esparta se erige como una *pólis* oligárquica e instaura una sociedad cerrada, militarizada y consagrada a la guerra (García 2005, 23; Garlan 2003, 59), por lo que se convierte en la *pólis* de la invencible infantería hoplítica por antonomasia.

En el caso de Atenas, la defensa era también un asunto de los ciudadanos, siendo el soldado ideal el campesino propietario de tierras (Garlan 2003, 61-63). Estos ciudadanos debían costearse el equipamiento militar y, en consecuencia, participaban en el ejército en función de su riqueza plasmada en el ordenamiento censitario. El reclutamiento<sup>10</sup> seguía una ley de proporcionalidad en la que el nivel socioeconómico determinaba la participación militar: “resultaba natural que determinado servicio sólo fuera exigible a los que ocupaban determinado lugar en el censo” (Garlan 1993,78). Así, atendiendo a las clases censitarias unos servían como caballeros o como hoplitas y otros quedaban excluidos del ejército. Con esto, la repartición de las exigencias militares se adecuaba a los recursos del ciudadano.

Aunque la función militar era un privilegio de los ciudadanos, en ocasiones, se reclutaban hombres libres no-ciudadanos y dependientes o esclavos. En Esparta, a parte del cuerpo cívico de los *hómoioi*, podían reclutarse periecos e ilotas. Los periecos eran un grupo social de hombres libres sometidos al dominio espartano, mientras los ilotas eran dependientes públicos de Esparta, pues ésta había sometido colectivamente a la

---

<sup>9</sup> Soldado (*stratiotes*) y ciudadano serán términos unidos por definición, formando una condición indisociable.

<sup>10</sup> Se reclutaba desde los 19 a los 59 años y a partir de 49 se pasaba a reserva (Garlan 1993, 68).

“esclavitud” a los habitantes de Mesenia<sup>11</sup>. Por ejemplo, en la Guerra del Peloponeso (431-404 a.C.), los ilotas sirvieron como hoplitas, remeros o infantería ligera (Hunt 2007, 138-140). En Atenas, podían reclutarse metecos o esclavos-mercancía, aunque en el caso de estos últimos su uso es muy escaso. Los metecos, grupo social de extranjeros residentes de forma permanente, eran hombres libres y podían servir como remeros, infantes ligeros u hoplitas, generalmente a modo de tropas de guarnición en la defensa (Garlan 1993, 87-88). Como vemos, en casos de necesidad, las barreras de estatus jurídico solían ignorarse, dejando atrás los prejuicios para reclutar mayores contingentes (Raaflaub 1999, 145). Pero la mujer, considerada hija o esposa de un ciudadano, quedará fuera del ámbito militar: la guerra estará totalmente masculinizada.

Por último, cabe mencionar que el ejército, a parte del contingente de hoplitas, contaba con otras unidades minoritarias que desempeñaban un papel secundario: la infantería ligera y la caballería (Blanco 2003, 83). La primera gozaba de un menor prestigio, puesto que los proyectiles se consideraban armas de cobardes, dado que combatir desde la distancia estaba moralmente desacreditado. Los grupos sociales más bajos estarán confinados durante mucho tiempo a las armas arrojadizas (jabalinas, arcos y hondas) (Hanson 2010, 28). Respecto a la caballería, existía un cuerpo de jinetes aristocráticos que asumían tareas de exploración y hostigamiento (Hunt 2007, 117-119). Servir a caballo se consideraba un privilegio, que solo los ricos pueden costearse, de manera que en la Atenas clásica para servir como caballero había que estar censado en la primera y la segunda clase (*hippeis*). Pero es el hoplita el que encarnaba ideal del soldado por excelencia y disfrutaba del máximo honor (Garlan 1993, 83-84; Lendon 2006, 28, 81, 146). Jenofonte en su obra *Anábasis* expresa lo siguiente (3, 2, 18): “Nadie ha perdido nunca la vida porque un caballo le haya mordido o coceado, sino que son los hombres quienes hacen cuanto hay que hacer en combate” (Hanson 2010, 26).

### **3. SOBRE LA FALANGE HOPLÍTICA**

La formación de la ciudad supuso un cambio en las relaciones sociales y con ello, la guerra se transforma: aparece un nuevo tipo de combate y de combatiente y los valores militares y éticos se modifican. Como hemos señalado, contemporánea al nacimiento de la *pólis* emerge una nueva realidad militar con el desarrollo de la falange hoplítica (VIII-VII a.C.), completamente arraigada en el siglo V a.C. En época arcaica

---

<sup>11</sup> También hay ilotas de Laconia.

(VIII-VI a.C.) las fuentes nos documentan la presencia de una infantería pesada que combate en formación cerrada tal y como describen los autores clásicos. Sin embargo, aunque la arqueología nos descubre panoplias hoplíticas y en la iconografía cerámica aparecen representados hoplitas, conocemos mal el desarrollo de la falange, que posiblemente ya estaría configurada sobre el 650 a.C. (Lendon 2006, 33-34; Raaflaub 1999,133).

Para empezar, ¿cómo se lleva a cabo la reforma hoplítica?, ¿el cambio militar impulsó un cambio político o viceversa? Para algunos, el progreso armamentístico acabó imponiendo una nueva forma de combate, que obligó a la aristocracia a compartir la función militar. Otros abogan por lo contrario, es decir, primero se modificó la relación de las fuerzas sociales y con ello, se impulsó un combate distinto. En una posición intermedia, se propone que la falange comenzó siendo un instrumento técnico al servicio de la aristocracia antes de servir como catalizador del ascenso político de nuevos sectores sociales<sup>12</sup>. Así, la caballería nobiliaria tendría la iniciativa de la reforma militar e inconscientemente trabajó contra su hegemonía. En definitiva, podemos decir que la falange hoplítica es una causa y una consecuencia de las mutaciones sociales que provocaron el aumento progresivo del cuerpo cívico y el empoderamiento de un grupo medio (Garlan 2003, 89; Bowden 1993,47).

La falange configura un nuevo orden militar acorde con la *pólis* emergente: “the phalanx is isomorphic with the polis” (Bowden 1993:48). Así, el hoplita será parte de un colectivo, pues la falange simboliza la agrupación de la comunidad cívico-militar (Ortíz 2015, 41). Consistía en una formación de soldados compacta y ordenada, en la que los guerreros se apoyaban entre sí con sus lanzas y escudos (Domínguez Monedero 1999, 97). De este modo, estos soldados de infantería pesada, los hoplitas, llamados así por su escudo (*aspis*), el *hoplón*<sup>13</sup>, relevarán al héroe homérico con una forma de lucha en bloque, donde la solidaridad e igualdad entre camaradas será esencial. Es decir, la cohesión de la falange se basaba en proteger con el escudo el flanco derecho del compañero. Con ello, la guerra individual deja paso a la colectiva y la gloria se

---

<sup>12</sup> Por ejemplo, en Atenas, el grupo social en ascenso será el de los campesinos y junto con su participación militar, terminarán reclamando derechos y participación política, de modo que la ética cultural de igualitarismo reposará en la propiedad de tierras (Hanson 2010, 24).

<sup>13</sup> Escudo pesado, circular, abombado hacia el exterior y de doble asidero- un sistema de agarre de antebrazo- introducido en Edad Arcaica. Era de madera, bronce y mimbre, y estaba recubierto con capas de piel. La palabra hoplita también puede derivar del término *hopla*, que denomina el equipamiento militar en oposición a las masas desprotegidas de infantería ligera; hombres ligeros (*psiloi*) y desnudos (*gymnetes*) (Van Wees 2008, 108).

transformará para dar sentido a la virtud cívica (Ortíz 2015, 45): “la *areté* personal de cada combatiente se transforma en comunitaria como reflejo de la estructura de la polis” (Blanco 2003, 82). Además, con la *pólis* nace un nuevo ideal cívico con el que se heroiza al soldado-ciudadano, el deber de luchar y sacrificar la vida por la patria amada. Así, el valor patriótico y la entrega incondicional a la defensa de la *pólis* se posicionan por encima de la singular felicidad del ciudadano y su familia (Lendon 2006, 93; García 2005, 17; Ortíz 2015, 42-43). Estas ideas las refleja Tirteo en sus poemas (*Elegiacus*, 11, 15-18 y 29-32), donde describe el coraje del guerrero espartano, su forma de combate y la vergüenza pública que suponía huir de éste:

“Nadie acabaría de relatar uno a uno los daños que a un hombre le asaltan, si sufre la infamia. Pues es agradable herir por detrás de un lanzazo al enemigo que escapa a la fiera refriega (...) Id todos al cuerpo a cuerpo, con la lanza larga o la espada herid y acabad con el fiero enemigo. Poniendo pie junto a pie, apretando escudo contra escudo, penacho junto a penacho y casco contra casco”.

Hasta la época clásica, la guerra consistía esencialmente en combates fronterizos por el control del territorio. En relación con esto, algunos autores subrayan que la falange se configura en un principio por la necesidad de la *pólis* de definir y defender sus tierras, puesto que se desarrolla al mismo tiempo que las fronteras de la *chora* (Hanson 2010, 25-29; Bowden 1993, 48).

El combate se entendía como una competición (*agón*) y consistía en una batalla en campo abierto. Para que la batalla fuera leal, debía estar planificada y ritualizada. Se acuerda un punto de encuentro, una llanura, y allí dos masas de combatientes lucharán en formación (Garlan 1993, 79; Lendon 2006, 64). Lendon señala que la guerra se limita con reglas puesto que luchar imitando la épica heroica supondría una gran masacre. Por lo tanto, el combate se adecúa al mundo real y mira por la practicidad y vulnerabilidad del guerrero (Lendon 2006, 68-73).

La batalla hoplítica consistía en empujar fuera de la llanura al ejército enemigo y el estrepitoso choque frontal (la táctica del *Othismos*- empujón en masa) entre falanges decidía el resultado, por lo que en un principio se prescindiría de estrategias. Era necesario permanecer firme y no abandonar la posición en la línea hoplita (García 2005, 20). La indisciplina no solo ponía en peligro la seguridad de los combatientes, sino que además era una ofensa contra sus iguales. Del mismo modo, arrojar el escudo o huir de

la batalla era una infamia, que simbolizaba el arquetipo de la cobardía (Lendon 2006, 77,105).

En la formación, se pretende preservar la igualdad teórica de los ciudadanos, pero sí habrá un líder para motivar a las tropas y lanzarse al combate en primera línea (García & Catalá 2012, 29-30). Cuando una de las partes se rendía, se solicitaba una tregua y los derrotados podían recoger sus cadáveres y los vencedores alzar un trofeo para recordar la victoria con las armaduras capturadas durante el *tropé* o huida en masa del ejército<sup>14</sup> (Raaflaub 1999, 133). La batalla concluía rápido, pues el objetivo era vencer, no aniquilar, aunque como veremos a partir del siglo IV este modelo de lucha comenzará a cambiar.

En el cuerpo hoplita ingresaba aquel que pudiera costearse los gastos inherentes al servicio de armas, pues se esperaba que cada soldado se proveyese de su propio equipamiento militar. La panoplia hoplítica completa protegía al soldado con numerosos protectores de bronce como espinilleras (grebas), casco, coraza<sup>15</sup>. Además, llevaban el *hoplón*, una lanza de madera (*doru*) y una espada corta de bronce (*xiphos*). El equipamiento variaba según lo que cada uno podía permitirse y la panoplia se heredaría por generaciones: los más humildes servirán con un escudo y una lanza, mientras que los más ricos irían equipados con una panoplia más sofisticada. La posesión de un equipamiento completo era objeto de ostentación y orgullo, así como un símbolo de distinción y estatus social (Van Wees 2008, 108; Blanco 2003, 83). Unido al equipamiento, como hemos mencionado, el reclutamiento seguía un criterio censitario. Así en el siglo V en Atenas las primeras tres clases censitarias (*pentacosiomedimnos*, *hippeis*, *zeugitas*) podían ingresar en el cuerpo hoplita, siendo la de los *zeugitas*, clase formada fundamentalmente por campesinos, la que constituía el grueso de los efectivos. Solo la cuarta clase (*thetes*) quedaba habitualmente excluida, y por ello no gozaba de derechos políticos plenos (García 2005, 19).

Respecto al entrenamiento, se pensaba que la práctica de las armas residía en la combatividad natural, ya que la guerra se entiende como una manifestación del valor y de las cualidades inherentes al hombre. En consecuencia, la lucha cuerpo a cuerpo no se considera una formación técnica (como la marina) o de habilidad que requiriese mucho

---

<sup>14</sup> De esta palabra deriva trofeo.

<sup>15</sup> Podía ser de bronce pero en general era de tela, compuesto por capas de lino.

entrenamiento. Además la vida civil ofrecía diferentes ocasiones para iniciarse en el mundo de las armas: caza, pruebas atléticas, procesiones armadas, batallas rituales... Sin embargo, a pesar de esta mentalidad, el entrenamiento militar no estaba desatendido. Los ricos frecuentaban los gimnasios o los recintos de lucha donde se ponían en forma. Algunos, incluso, recurrían de forma privada a instructores profesionales en el manejo de armas (*hoplomachoi*), aunque la *hoplomachia* era algo poco usual y considerado como un lujo innecesario. Mientras tanto, los más pobres tendrían como única forma de entrenamiento el trabajo de la tierra (Van Wees 2008, 108-109).

Además, hay que subrayar que en algunos casos el Estado intervendrá para educar, disciplinar y formar al futuro soldado. En Esparta, los *hómoioi* se dedicaban permanentemente al servicio como hoplitas. Éstos eran sometidos desde edad muy temprana a una vida o educación especial (*agogé*) con la que pasarían a considerarse ciudadanos de pleno derecho. Su preparación no solo se centraba en el manejo de las armas, sino en un entrenamiento atlético y mental donde trabajaban la fuerza, la agilidad, la astucia, la austeridad... Esparta será la fuerza militar más importante hasta las guerras Médicas y estos hoplitas profesionales eran considerados los mejores guerreros, admirados por el resto de *póleis* (Van Wees 2007, 279). En la Atenas clásica, a pesar de la declaración que Tucídides (II, 39) atribuye a Pericles afirmando que los atenienses no necesitaban prepararse toda la vida para la guerra, los jóvenes después de la adolescencia pasaban a manos del Estado. La *efebía* consistía inicialmente en un año de formación para las tres primeras clases censitarias, pero hacia 335-334, esta institución se reorganiza, aumentando a dos años el periodo de entrenamiento militar público de los jóvenes entre 19-20 años, como explica Aristóteles en la *Constitución de los Atenienses* XLII (Garlan 1993, 86; Lendon 2006, 150-151).

Por último, hay que señalar que inicialmente la guerra estará condicionada por dos factores. En primer lugar, la *pólis*, aunque desde finales del siglo VI irá consolidándose, contará con una capacidad bastante escasa para mantener los ejércitos activos durante largos periodos de tiempo (intendencia, administración, pago) (Van Wees 2008, 117). En segundo lugar, la gran mayoría de las milicias hasta época clásica eran no profesionales, es más, durante las Guerras Médicas solo Esparta contaba con un ejército más estable, que no estaba sujeto a limitaciones de la agricultura. En este

sentido, hay que volver a destacar el nexo<sup>16</sup> entre el soldado y el ciudadano-campesino. Es decir, la mayoría de los hoplitas se reclutaban de las capas medias de la población y se veían impedidos para luchar prolongadamente: “eran agricultores, que tenían su propio pedazo de tierra, y no se podían desatender sus cultivos en las fechas claves del año” (García & Catalá 2012, 29). Como vemos, una ciudad no podía comprometer a toda su población y solo una minoría podría permitirse largas campañas<sup>17</sup>. Por ello, las hostilidades se realizaban en un determinado período del año para garantizar las cosechas y como campañas solían ser breves (días o semanas), los ciudadanos se mantenían alejados momentáneamente de sus tierras: “la ruptura con la vida civil era verdaderamente mínima” (Garlan 1993, 81).

#### 4. LA MARINA DE GUERRA: ATENAS

Como hemos visto, la primacía de la guerra hoplítica era clara, mientras que la guerra marítima<sup>18</sup> no era habitual y estaba subordinada a la terrestre. Sin embargo, de modo excepcional, algunos estados griegos como la Atenas democrática en época clásica, harán del dominio de los mares su principal instrumento militar (Garlan 2003, 24). Construir, armar y mantener una flota de guerra exigía la intervención del Estado e implicaba costes muy elevados, de manera que solo los estados con una fuerte base económica podían asumir tales campañas (García & Catalá 2012, 31). Por ello, ¿cómo consiguió Atenas medios para desarrollar una política militar marítima?

Desde la época de Temístocles (483 a.C.), Atenas comienza a convertirse en una potencia naval. En el siglo V varios factores crean una situación favorable para formar una flota potente. Se encuentran las minas de plata de Laurion y los ingresos que generan se orientan a la financiación de la flota, repartiéndolos entre los ciudadanos más ricos a condición de que proporcionen barcos. Además, tras las Guerras Médicas (490-480/479 a.C.), la Liga de Delos<sup>19</sup> alimentará el imperio naval ateniense (Raaflaub 1999, 143).

---

<sup>16</sup> Esta conexión la subraya Jenofonte en su obra *Económico* (IV a.C.) (Hanson 2010, 24).

<sup>17</sup> En casos de campañas largas, el Estado reclutaba voluntarios u obligaba a los grupos más ricos a estar disponibles para el servicio (Van Wees 2008, 109)

<sup>18</sup> En la *Iliada* no hay batallas navales (Lendon 2006, 215).

<sup>19</sup> Asociación política-militar marítima liderada por Atenas para hacer frente a la amenaza persa. Una vez que ésta desaparece, las ciudades-estado aliadas cuestionan la necesidad de pagar tributo (hombres, dinero, navíos) a Atenas y será fuente de tensiones.



Como vemos, el mantenimiento y la equipación de los navíos, recaía sobre la primera clase censitaria (*pentacosiomedimnos*), sometida a un servicio especial llamado trierarquía. Esta era la liturgia<sup>20</sup> más cara y prestigiosa, pues suponía un honor exclusivo de los ciudadanos armar la flota. Sin embargo este servicio se convertirá en gasto muy oneroso desde la Guerra del Peloponeso, por lo que conocerá una reorganización para repartir mejor la carga entre los trierarcas (Garlan 2003, 130).

La principal nave de guerra será la trirreme y la función de remeros quedará fundamentalmente en manos de los *thetes*, la última clase censitaria. Así, un sector de los ciudadanos que cumplía un papel marginal en la defensa de la comunidad, se convierte en indispensable para impulsar y mantener el imperio marítimo ateniense. De este modo, el peso de los grupos sociales más bajos aumentará, pues adquieren prestigio social y terminan consiguiendo derechos políticos plenos. El desarrollo de la democracia, donde todos los ciudadanos participan en la vida política, reconocerá el papel militar de los *thetes*. Además, a finales del siglo V éstos se integrarán en el ejército hoplita (Garlan 1993, 82,85), de modo que su inclusión militar rompe la tradicional relación entre tierra y función político-militar (Raaflaub 1999, 145)<sup>21</sup>.

Pero en general, la guerra naval gozará de menor estima y desarrollo. La subordinación de la guerra marítima a la terrestre era para el pensamiento oligárquico un asunto de moralidad política. Es decir, un Estado debía orientar su actividad militar hacia la tierra, la base económica de la elite social. Orientarla al mar se consideraba como algo incompatible con el fundamento de la *pólis*, puesto que iba en contra de las bases tradicionales de la economía (agricultura) y de la jerarquización social al aumentar los derechos de los grupos más bajos. De esta manera, los aristócratas veían en la hegemonía marítima de Atenas la principal causa de su descomposición política y moral, al valorar que la *polis* estaba a merced de la plebe marítima y de la forma más extrema de democracia (Garlan 2003, 137-138).

---

<sup>20</sup> Liturgia: servicio público obligatorio para los ciudadanos o metecos más adinerados. Consiste en que con sus recursos costearan los gastos de distintas necesidades públicas.

<sup>21</sup> Aun así, el desarrollo de otras actividades económicas, como el artesanado y el comercio, hacen que algunos ciudadanos puedan perder sus vínculos con la tierra (no se dediquen a la agricultura), sin que estén excluidos de la función militar.

### III. ¿HACIA UNA GUERRA TOTAL?

#### 1. LA BÚSQUEDA DE LA HEGEMONÍA: CAMBIOS MILITARES

Las Guerras Médicas impulsaron la agrupación panhelénica contra el imperio persa, dando paso a un modo de guerra más letal. Pero la experiencia de la victoria griega contra Persia también puso de relieve la vulnerabilidad de la falange hoplita, mientras que a pesar de los prejuicios las fuerzas navales, la infantería ligera y la caballería se mostraron exitosas (Hanson 2010, 31-32). Además, este conflicto dejó dos grandes *póleis* orgullosas, Atenas y Esparta, que pronto compitieron por la hegemonía en la Hélade.

Atenas, tras asumir el liderazgo de la Liga de Delos, desarrolló una política imperialista. Así, la joven democracia<sup>22</sup> ateniense junto con su poderosa flota de guerra chocará con la oligárquica Esparta y su excelente infantería. El antagonismo entre ambas potencias dará paso a la Guerra del Peloponeso (431-404 a.C.) en la que se enfrentarán dos *simmaquías*<sup>23</sup>: la Liga de Delos y la del Peloponeso. Tras la guerra, Esparta saldrá victoriosa, pero la lucha por la hegemonía continuará en las guerras posteriores como las de Corinto (395-386) o Beocia (378-371). Como destaca Popowicz, la Guerra del Peloponeso abrió las puertas a la transformación de la guerra “agonal” en una nueva guerra, la “guerra total”. Aun así, hay que subrayar que la guerra hoplítica continuará desempeñando un papel predominante hasta la época macedónica.

Popowicz la llama “guerra total”, puesto que el objetivo de la lucha será distinto. Para este autor ya no se trata de un conflicto agonal y estacional que busca controlar el territorio y expulsar al enemigo. Ahora el objetivo será la dominación política, es decir, se trata de una “guerra imperialista” donde la hegemonía está en juego y por ello se utilizaran todos los medios para aniquilar al oponente y conseguir su total sumisión. Su nueva ley será la ausencia de reglas, por lo tanto, serán libres de respetar o transgredir las antiguas normas agonísticas. Así, el “derecho de guerra arcaico” y los antiguos valores bélicos se volatilizan (Popowicz 1995, 221-224; Ortíz 2015, 47-49). Algunos autores subrayan que ahora se recuperan nociones homéricas como la destrucción de

---

<sup>22</sup> En Atenas, Maratón (490) y Salamina (480) fueron las batallas que significaron la conquista de la democracia. Con el nuevo orden político (*politeíai*), el patriotismo toma forma unido al régimen democrático. Así, Atenas se proclama la ciudad educadora de Grecia (Ortíz 2015, 44,46).

<sup>23</sup> Coaliciones o alianzas militares entre *póleis*.

ciudades, la muerte de los hombres o la venta de las mujeres y los niños como esclavos (Raaflaub 1999, 142).

Respecto a la estrategia militar, comenzarán a tomar importancia las estratagemas y las maniobras militares rápidas para sorprender al enemigo (golpes de mano, escaramuzas, emboscadas...). De este modo, se asentará una guerra de mayor movilidad, lo que supuso la revalorización de la caballería y de las tropas ligeras como los peltastas<sup>24</sup> (Garlan 1993, 82-85). El general ateniense Ifícrates durante la guerra de Corinto (395-386) innovó el armamento<sup>25</sup> peltasta, formando tropas más ágiles y con mayor maniobrabilidad que la pesada infantería hoplita. Aun así, el hoplita seguía siendo el combatiente por excelencia, aunque su armamento también se aligerará (Lendon 2006, 37; Popowicz 1995, 231-233).

La “guerra total”, no buscará tan solo el dominio del territorio, sino el de la ciudad haciendo que el adversario capitule. Ahora se desarrollarán nuevas estrategias destinadas a mejorar, por un lado, la defensa del territorio y, por otro, la de la ciudad. Así, durante el siglo IV la poliorcética adquiere importancia y se innova en las técnicas de asedio. Además, se construyen las primeras torres móviles y catapultas, desarrollando también en cierta medida las fortificaciones y fortalezas (Blanco 2003, 83). Por ejemplo, la estrategia defensiva<sup>26</sup> de una ciudad de murallas inexpugnables la documentamos en Atenas. Las Murallas Largas conectaban la ciudad con El Pireo, símbolo del poder del *demos* y de la talasocracia ateniense, lo que aseguraba el abastecimiento de Atenas por mar. Por el contrario, Esparta prescindirá hasta el comienzo de la época helenística de tales ingenios, puesto que asociaban a la cobardía rodearse de murallas<sup>27</sup> (Garlan 1993, 75). Pero mientras los espartanos se jactaban de no tener murallas, los atenienses veían en ellas un símbolo de poder y orgullo (Lendon 2006, 111; Raaflaub 1999, 142; Popowicz 1995, 225-226). Por último, la intensificación de la guerra lleva a que incluso Esparta impulse la creación de una flota, lo que

---

<sup>24</sup> Cuerpo semiligero armado con jabalina y *pelté*, un escudo más ligero y no tan esférico, en forma de luna creciente. Sus armas y modo de lucha se parecen más que la falange a lo descrito por Homero. Los pelatastas se mantuvieron en Tracia y su uso no era habitual, pero desde finales del siglo V se expande el uso de peltastas de toda Grecia (Hunt 2007, 120; Lendon 2006, 130).

<sup>25</sup> Ifícrates innova el equipo con escudos circulares (antes luna creciente) y lanzas y espadas más largas, inspirado en el armamento de la *Iliada* según Lendon (2006, 134).

<sup>26</sup> Con Pericles la estrategia defensiva cambia a permanecer intramuros, con lo que la defensa del territorio se subordina a la del núcleo urbano.

<sup>27</sup> Hasta el siglo III Esparta no comienza la construcción de su muralla.

contribuirá a hacer la guerra más permanente, letal y total (Raaflaub 1999, 132; Hanson 2010, 34).

Las nuevas estrategias bélicas suponen que los convencionalismos del combate hoplítico vayan disipándose. Así, la importancia de la batalla en campo abierto pierde preponderancia dejando paso a una forma de hacer la guerra más diversificada, donde se busca un mayor equilibrio y cooperación entre las diferentes tropas (peltastas, caballería, hoplitas, flota) (Gómez 2010, 114; Lendon 2006, 129). La creciente importancia de tales fuerzas ponía en peligro la estructura tradicional de la *pólis* (Hanson 2010, 32). Además, las nuevas condiciones de la guerra hacen que los conflictos se alarguen, de manera que serán necesarios ejércitos más permanentes y profesionales. En consecuencia, la “guerra total” cambia el papel del soldado-ciudadano y como veremos, contribuye a la “crisis”<sup>28</sup> de la *pólis* y al auge del mercenariado en el siglo IV (Popowicz 1995, 230, 244).

En resumen, la guerra entrará en una nueva fase más letal e incompatible con el ambiente de la *pólis* y con su estructura tradicional basada en la tierra y el soldado-ciudadano (Hanson 2010, 35). Dicho de otra manera, la guerra “se emancipa del ambiente de la polis, mientras que sus actores son siempre prisioneros de aquella; el fracaso se debe a esta paradoja: el griego piensa una guerra que es incompatible con el ambiente de la polis a la que pertenece” (Popowicz 1995, 243). Unido a lo anterior, Lendon interpreta la llamada “crisis” del siglo IV como una contradicción entre el peso del pasado épico y la realidad bélica contemporánea (Iglesias 2007, 225).

## **2. SIGLO IV: EL MERCENARIADO GRIEGO**

Frente a los ejércitos de época arcaica y clásica compuestos fundamentalmente por soldados-ciudadanos, las fuentes mencionan un cierto auge del mercenariado a partir del siglo IV, lo que ha llevado a considerar que desempeñaron un papel determinadamente.

Sin embargo la figura del mercenario no era desconocida en el mundo griego. Su uso se remonta a la época arcaica, si bien se empleaban de forma minoritaria como arqueros (cretenses, persas, escitas), honderos, etc. Desde entonces, el mercenariado se

---

<sup>28</sup> Mientras algunos consideran el término crisis, otros prefieren hablar de transformaciones (o revolución) económicas, políticas y sociales de la *pólis* tradicional.

desarrolla de modo irregular, creciendo durante la Guerra del Peloponeso (431-404 a.C.) donde se emplea de manera complementaria. En el siglo IV estos profesionales tenderán a sustituir cada vez más a los soldados-ciudadanos y aunque se les reclutaba sobre todo como infantería ligera, también serán utilizados como hoplitas. Sin embargo su aumento ha sido sobreestimado para el final de la época clásica, pues el núcleo de los ejércitos de las *póleis* seguía estando compuesto por ciudadanos (Gómez 2012, 48). En época helenística su uso se extenderá llegando a constituir una parte importante del contingente militar, de forma que en los textos en ocasiones se equiparan las palabras mercenario (*mistophoros*), extranjero (*xenos*) y soldado (*stratiotes*) (Garlan 2003, 65-66; Popowicz 1995, 228-229).

En primer lugar, el mercenariado es la práctica que ejerce un poder estatal al reclutar militares entre la población de una potencia exterior, con el consentimiento de la misma (Gómez 2012, 45, 47). Así, los estados se mostraron permisivos con el reclutamiento y no controlaron a sus ciudadanos ni legislaron en contra de su contratación<sup>29</sup>. De esta manera, encontramos mercenarios bárbaros, vinculados a la especialización en el uso de determinadas armas, como griegos, al servicio de otras *póleis* o estados, incluidos los persas.

Pero, ¿por qué aumentó el mercenariado? La tesis tradicional defiende que ésta práctica se desarrolla como una válvula de escape ante las tensiones provocadas en un contexto de crisis política y socioeconómica (Durán 1998, 94-95). Siguiendo esta tesis, el mercenariado nace en época arcaica debido a las luchas internas en las ciudades y al establecimiento de regímenes tiránicos en gran parte de Grecia, en los que estos soldados griegos o bárbaros actuaban como la guardia personal del tirano. Después, en el siglo IV a.C., su aumento se interpreta como algo asociado a los cambios económicos, políticos y sociales que experimenta la *pólis*. Se dice que a consecuencia de la miseria que se extendió en la Hélade tras la destrucción que provocó la Guerra del Peloponeso, muchos ciudadanos orientaron su vida hacia el mercenariado como medio de subsistencia (Garlan 2003, 64-70; Gómez 2010, 113).

---

<sup>29</sup> Posiblemente, la único estado griego que controlaba a sus ciudadanos para evitar que se convirtieran en mercenarios era Esparta. Dado que los *hómoioi* constituían el núcleo del ejército, en Lacedemonia siempre existió déficit de soldados, razón por la que el Estado trataba de evitar que éstos abandonaran el país para arriesgar sus vidas defendiendo otros intereses (Gómez 2010, 110).

Pero enrolarse como mercenario no era únicamente una cuestión de pobres o de exiliados de sus ciudades de origen sin ninguna otra salida. Según Gómez el auge del mercenariado responde a razones de política internacional, insistiendo en la inestabilidad que caracteriza el mundo griego tras la Guerra del Peloponeso, cuando las *póleis* se levantarán contra la supremacía de Esparta en pos de sus aspiraciones hegemónicas. En este contexto de guerra casi permanente la contratación de mercenarios permite mayor autonomía a los ciudadanos y a los Estados. Al mismo tiempo, las fuentes hablan de un debilitamiento del espíritu militar en el caso de Atenas, que lleva a los ciudadanos a preferir la contratación de mercenarios en lugar de defender ellos mismos su patria. Así pues, para este autor, el mercenariado en el siglo IV se explica como un fenómeno político vinculado a los intereses internacionales e hegemónicos de las *póleis* helenas (Gómez 2012, 59-61, 152-153; Gómez 2010, 95-96).

Respecto a las fuentes, la visión que nos ofrecen es poco objetiva. Los intelectuales contemporáneos, veían en el mercenariado una consecuencia de la degradación de los fundamentos de la *pólis*, puesto que iba en contra de la noción del soldado-ciudadano (Gómez 2012, 53). Además, su existencia choca con el ideal cívico de “morir por la patria”, por lo que desde el siglo IV, la figura del mercenario se estigmatiza y adquiere mala reputación. En líneas generales, constituyen la antítesis del ciudadano hoplita y se les define como extranjeros<sup>30</sup>, apátridas, asalariados —“Ni patria ni jefe ni causa a la que se deba” (Durán 1998, 92)- y especialistas, cuyo comportamiento es violento, indisciplinado, insolidario con sus compañeros<sup>31</sup> y se halla movido por la codicia (Garlan 2003, 69; Durán 1998, 97). Garlan considera al mercenario como un profesional a sueldo que hace de la guerra un *modus vivendi*. Según este autor, el beneficio personal y la retribución material eran su objetivo principal, por lo que pagarles bien era esencial para asegurar su fidelidad.

Sin embargo, Gómez recalca que esta visión del mercenario es parcial y que su oposición con la figura del soldado-ciudadano debe ser matizada. En primer lugar, se dice que el soldado-ciudadano lucha con “ardor patriótico”, pero no hay que olvidar que quien dirige la guerra es la *pólis* y que los ejércitos-ciudadanos eran enviados también a socorrer a otros estados, por lo que no siempre estaba presente el sentimiento patriótico.

---

<sup>30</sup> Respecto a la noción de extranjero, no se les consideraría enteramente extranjeros si provenían de ambientes griegos o helenizados (Garlan 1993, 93).

<sup>31</sup> Aclaremos que los mercenarios mantuvieron un espíritu de cuerpo y camaradería (Durán 1998, 97).

En segundo lugar, como hemos señalado, los *hómoioi* se dedicaban enteramente a la guerra y además, desde finales del siglo V, se tendía a reclutar ciudadanos como pequeños ejércitos permanentes, de modo coincidían con el mercenario en el aspecto de “soldado profesional” (Hunt 2007, 144; Gómez 2012, 60-62). Y por último, se puede decir que “el soldado-ciudadano siempre tuvo algo de mercenario”, según Garlan (1993, 94), puesto que la *pólis* les compensaba económicamente<sup>32</sup> por su participación en las campañas militares y a veces esta compensación superaba la cantidad pagada por la contratación de mercenarios. Éstos habitualmente recibían su sueldo en metálico (*misthós*), pero también se les podía pagar en alimentos (*trophe*), ofrecer recompensas honoríficas o el derecho de la ciudadanía, la concesión de tierras<sup>33</sup> e incluso en muchas ocasiones, durante la guerra debían buscarse el sustento, lo que provocaba un comportamiento violento y depredador (Gómez 2012, 62).

Así pues, esta identificación como “soldado de fortuna” ha condicionado la imagen del mercenario, que aunque en general se guiasen por intereses estrictamente económicos, también se moverán por convicciones políticas, ideológicas o culturales, sin excluir el perfil de hombre aventurero y temerario, aunque este último aspecto será minoritario (Durán 1998, 94). En cuanto a convicciones políticas, encontramos el caso de Conón, almirante ateniense exiliado tras la derrota de Egospótamos, que en el 394 dirigió la flota persa<sup>34</sup> contra el espartano Lisandro (Gómez 2012, 56). Asimismo, habrá mercenarios griegos aristócratas que no buscaban una compensación material, sino que actuaban como mercenarios por su vinculación a través de la *xenia*<sup>35</sup> a alguien importante. Por ejemplo, Jenofonte, participó en la expedición de los Diez Mil<sup>36</sup> (401 a.C.) del príncipe persa Ciro el Joven, “obligado” por las relaciones de hospitalidad con

---

<sup>32</sup> Se debate si la remuneración se instituyó antes de Pericles o la introdujo éste, y si la introdujo, si fue antes de empezar la Guerra del Peloponeso o después (Durán 1998, 93). Cabe mencionar que la carga que supuso el pago de las tropas será una de las causas que impulsa la política monetaria del Estado, sobre todo cuando se recurría al mercenariado (Garlan 2003, 179-180).

<sup>33</sup> En el caso de las monarquías orientales helenísticas, donde el desarrollo de la economía monetaria era escasa (Garlan 2003, 67-68).

<sup>34</sup> El Estado persa recluta un mercenario especialista para que dirija y asesore sus tropas en un tipo de guerra y territorio en el que tiene poca experiencia (Gómez 2010, 100-101).

<sup>35</sup> Institución sagrada que establece relaciones de solidaridad entre familias aristocráticas de distintas comunidades. La *xenia* acoge al huésped y se establecen recíprocamente relaciones de amistad ritualizada u hospitalidad, intercambiando bienes y servicios (Gómez 2012, 52).

<sup>36</sup> En la expedición, los griegos habían sido reclutados en teoría para restaurar la ciudadanía a los exiliados milesios (X., *An.1.1.11*). Al conocer la verdadera tarea a desempeñar, deponer a Artajerjes (hermano de Ciro), renegociaron un sueldo más alto acorde al riesgo a correr (Gómez 2012, 55).

un general, con la esperanza de quedar vinculado también por *xenia* con el sátrapa hermano del Gran Rey (X., An. 3.1.4) (Gómez 2012, 44, 48).

Gómez ve en la institución aristocrática de la *xenia* el germen del servicio mercenario, puesto que las relaciones de hospitalidad favorecieron el establecimiento de redes clientelares entre distintas comunidades. Con el desarrollo del Estado, esta institución perdió fuerza, pero se mantuvo en Arcadia y Acaya, comunidades más rurales donde la densidad de *póleis* era menor. Unido a lo anterior, es interesante recalcar que en la expedición de Ciro encontramos especialmente arcadios y aqueos. Respecto a éstos últimos, se piensa que se vieron impulsados a participar en la expedición debido a un sentimiento de filiación cultural hacia los griegos de Asia Menor. En el caso de Arcadia, se cree que había una tradición mercenaria impulsada por razones rituales: servir como mercenario se consideraba un honor y un rito de paso necesario para ser considerado adulto (Gómez 2012, 53-54, 58). En definitiva, la figura del mercenario no se debe limitar a una definición centrada en la búsqueda de riqueza, puesto que entraña una figura compleja con muchos matices.

#### **IV. CONCLUSIONES**

Como hemos señalado, la guerra constituye un reflejo de la sociedad, y de esta manera, los diversos cambios que ésta experimenta harán que el aparato militar evolucione. Además, muchos aspectos de la sociedad intervienen en él, desde la organización la política, la religión, la mentalidad griega y sus valores reflejados también en la literatura, etc. Al mismo tiempo y de forma recíproca, el elemento militar también moldeará la sociedad, contribuyendo a generar cambios políticos y sociales.

Recapitulando lo tratado anteriormente, hemos visto que en las “sociedades aristocráticas” la función militar la manejaba una pequeña elite ecuestre, mientras que con la formación de la *pólis* ésta se extiende a la comunidad cívica y surge un nuevo orden militar y político basado en el soldado-ciudadano y en la implantación de la falange hoplítica. Éste sistema de combate, acorde con la *pólis*, abre paso a una guerra colectiva, como reflejo de la solidaridad entre los miembros de la comunidad ciudadana. Unida a la tradicional estructura agraria de la ciudad-estado, predominaba la guerra terrestre y ésta en época arcaica consistía esencialmente en combates fronterizos por el control del territorio. Las batallas estaban limitadas por unas normas y las hostilidades solían ser breves, pues la guerra estaba sujeta a las limitaciones de la agricultura - a



excepción de Esparta-, debido a la estrecha relación entre el hoplita y el ciudadano-campesino. Asimismo, cabe subrayar que el ejercicio de la función militar será muy distinto si comparamos una *pólis* oligárquica y conservadora como Esparta con la Atenas democrática, donde la marinería y los grupos sociales más bajos adquieren un papel clave en el siglo V, supondrá su inclusión en la vida política.

La Guerra del Peloponeso, será el origen de los cambios en el modelo de lucha y en la *pólis* en el siglo IV. La guerra entró en una nueva fase más letal, debido a las aspiraciones hegemónicas de conquista política de las *póleis*. Así, los conflictos se intensifican y se vuelven más permanentes, poniendo en peligro la estructura tradicional de la *pólis*, lo que provocará cambios políticos, económicos y sociales. Frente a las nuevas necesidades de la guerra, crecerá el uso del mercenariado, lo que significa que dichas necesidades iban en contra de los principios tradicionales de la organización social y del soldado-ciudadano. En este contexto, Garlan señala lo siguiente: “Nacido para servir a la comunidad, el poder militar puso a la comunidad a su servicio” (Garlan 2003, 178). Pero a pesar de estos cambios, el combate hoplítico constituye la forma de lucha predominante desde el siglo VIII-VII a.C. hasta la introducción de la falange macedonia. La llegada de Macedonia<sup>37</sup> implicará nuevas modificaciones en el modo de combate, pero la herencia de la falange griega seguirá patente.

Para terminar, a modo de reflexión, como sucede hoy en día, bajo diversos pretextos se tendía al saqueo, a la agresión y a la conquista. Para los griegos sobrepasar los límites humanos establecidos y la arrogancia, era *hybris*. La desmesura conducía al castigo divino (*nemesis*), por lo que el exceso de ambición y poder conducía al desastre y a la miseria del hombre (Castro 2013, 105). Pero a pesar del ideal griego de la moderación, las comunidades se sumergen en guerras hegemónicas. La causa fundamental de la guerra para los griegos era la *pleonexia*, es decir, “querer más” (Van Wees 2008, 116), porque del mismo modo que hoy, “it was not that those who had little or no wealth or prestige would try to gain some by force, but that those who already had abundant wealth and prestige would resort to violence to win still more” (Van Wees 2007, 289). Por ello, ¿será la inmutable naturaleza humana la que conduce al conflicto? (Hanson 2012, 9-10, 19).

---

<sup>37</sup> Con las reformas militares del rey Filipo II, Macedonia se convierte en una potencia militar, y tras la batalla de Queronea (338), Filipo somete al mundo griego a su hegemonía, dejando atrás la anterior autonomía de las *póleis* (García, 2005: 24).

## FUENTES CLÁSICAS MENCIONADAS

Aristóteles,

*Ath.* XLII

Jenofonte,

*An.* 1.1.11; 3.1.4; 3, 2, 18.

*Oec.*

Homero,

*Il.*

Platón,

*Lg.* XII, 955 bc

Tirteo,

*Elegiacus* 11, 15-18 y 28-32

Tucídides,

II, 39

## BIBLIOGRAFÍA

BLANCO, S., 2003, «Aspectos significativos de la guerra griega: edad oscura y arcaica», *Minius* nº 11, 79-86.

BOWDEN, H., 1993, «Hoplites and Homer: Warfare, hero cult, and the ideology of the polis» en: J. Rich, G. Shipley (eds.), *War and Society in the Greek World*, Londres y Nueva York, Routledge, 45-61.

BRELICH, A., 1961, *Guerre, agoni e culti nella Grecia arcaica*, (*Antiquitas*, 1, 7), Bonn, Rudolf Habelt.

CASTRO, P., 2013, «Algunas reflexiones sobre la guerra y la defensa de la libertad en las Historias de Heródoto», *Revista Electrónica Historias del Orbis Terrarum* nº 10, 83-110.

DOMÍNGUEZ MONEDERO, A., 1999, «El ejército hoplítico» en: A. Domínguez Monedero, D. Plácido, F.J. Gómez, F. Gascó, *Historia del mundo clásico a través de sus textos*, Madrid, Alianza, 97-107.

- DURÁN, M., 1998, «El mercenariado en la Grecia Antigua», *MILITARIA, Revista de Cultura Militar* n° 12, 89-101.
- GARCÍA, C., 2005, «Patria y guerra en el mundo griego antiguo», *Revista de historia militar*, n° Extra 1, 11-32.
- GARCÍA, D., CATALÁ, I. 2012, *Historia de la Guerra*, Madrid, Síntesis.
- GARLAN, Y., 1993 (1ª ed. en francés 1993), «El militar» en: Vernant, J.P. (ed.), *El hombre griego*, Madrid, Alianza, 67-97.
- , 2003 (1ª ed. en francés 1972), *La Guerra en la Antigüedad*, Madrid, Alderabán.
- GÓMEZ, D., 2010, «El mercenario en el mundo griego a la luz de los estudios contemporáneos: reflexión teórica y nuevas tesis», *Habis* 41, 95-115.
- , 2012, *Relaciones internacionales y mercenariado griego: del final de la Guerra del Peloponeso a la Paz del Rey (404-386 a.C.)*, Barcelona, Publicacions i Edicions de la Universitat de Barcelona.
- HANSON, V.D., 2010 (1ª ed. en inglés 2005), «Génesis de la infantería, 600-350 a.C.» en: G. Parker, (ed.), *Historia de la guerra*, Madrid, Akal, 21-35.
- , 2012 (1ª ed. en inglés 2010), «Introducción: El arte de la guerra en el mundo antiguo» en: V. D. Hanson, (ed.), *El arte de la guerra en el mundo antiguo: De las guerras persas a la caída de Roma*, Barcelona, Crítica, 7-20.
- HUNT, P., 2007, «Military forces» en: P. Sabin, H. Van Wees, M. Whitby (ed.), *The Cambridge history of Greek and Roman warfare: Volume I: Greece, the Hellenistic world and the rise of Rome*, Cambridge, University Press, 108-146.
- IGLESIAS, J.C., 2007, «Fantasmas del pasado frente a soldados del presente: retórica e historiografía en el nuevo enfoque cultural de la historia militar grecolatina», *Talia Dixit* 2, 221-233.
- LONDON, J.E., 2006 (1ª ed. en inglés 2005), *Soldados y fantasmas: mito y tradición en la antigüedad clásica*, Barcelona, Ariel.

ORTÍZ, M. A., 2015, «Pólemos: Una visión ético-política del Fenómeno Bélico en la antigua Grecia», *Perseitas* Vol. 3 nº1, 34-56.

POPOWICZ, E., 1995, «La guerra total en la Grecia clásica (431-338)», *POLIS, Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad Clásica* nº7, 219-245.

RAAFLAUB, K., 1999, «Archaic and Classical Greece» en: K. Raaflaub, N. Rosenstein (ed.), *War and Society in the Ancient and Medieval Worlds. Asia, the Mediterranean, Europe, and Mesoamerica*. Washington D.C., Centre for Hellenic Studies Trustees for Harvard University, 129-161.

VAN WEES, H. 2007, «War and society» en: P. Sabin, H. Van Wees, M. Whitby (ed.), *The Cambridge history of Greek and Roman warfare: Volume I: Greece, the Hellenistic world and the rise of Rome*, Cambridge, University Press, 273-299.

—, 2008 (1ª ed. en inglés 2008), «La guerra en la Grecia Arcaica y Clásica» en: P. De Souza (ed.), *El mundo antiguo en guerra: una historia global*, Madrid, Akal, 101-117.

VERNANT, J.P., 1993 (1ª ed. en francés 1993), «El hombre griego» en: J.P. Vernant (ed.), *El hombre griego*, Madrid, Alianza, 11-31.